

Martin Kordić
Mis años con Martha
Traducción de Christian Martí-Menzel

1

Vi a Martha por primera vez en el cuarenta cumpleaños de mi madre. En aquel entonces yo no sabía que se llamaba Martha, solo la conocía como la «señora Gruber».

Teníamos previsto celebrar la fiesta de cumpleaños en el salón de actos, en el sótano de nuestro patio trasero. Varias veces a la semana se reunían allí los miembros del Centro por la Paz para un curso de costura o para estudiar la Biblia. Aunque desde el exterior no era reconocible, la casa pertenecía a una parroquia o a una asociación cristiana, no lo sabría decir exactamente. Estaba en algún lugar de Ludwigshafen, entre muchas otras casas de fachada marrón.

Mi padre era el encargado de mantenimiento y mi madre, la mujer de la limpieza. A cambio de esos trabajos nosotros disponíamos de una vivienda de dos habitaciones en la parte delantera y no pagábamos alquiler: mi padre, mi madre, mi hermano mayor, Kruno, mi hermana pequeña, Liuba, y nuestro periquito, Lothar, al que llamábamos así por Lothar Matthäus, el mejor futbolista.

Profesionalmente mi padre no se dedicaba a tiempo completo al mantenimiento del edificio, sino a la construcción. Siempre estaba en una obra. Él y mi madre ganaban el suficiente dinero como para que yo pudiera participar en las excursiones escolares, aunque a cambio solo lo veía los fines de semana. Para cuando su cuerpo ya estuvo demasiado cascado para la construcción y por fin se dedicó a ver la televisión en chándal en el comedor de casa, yo hacía tiempo que me había mudado y vivía lejos, en otra ciudad, aunque esa es una historia que quiero contar en otra ocasión.

En aquel entonces a mí eso me parecía de lo más normal: el día en el que mi madre celebraba su cuarenta cumpleaños, mi padre estaba en Fráncfort montado en una grúa, trasladando encofrados para los andenes de la nueva estación de larga distancia del aeropuerto. Mi hermano cursaba una formación profesional como mecánico industrial en la BASF, perdía el tiempo en el taller de coches de un primo nuestro o jugaba al fútbol en el FC Croatia Vorderpfalz. Mi hermana aún era muy pequeña. Estaba en segundo de primaria y ayudaba a mi madre limpiando y cocinando. Si entre semana había que reparar algo en las dependencias del Centro por la Paz, la mayoría de las veces me encargaba yo. Y así ocurrió el día en el que Martha y yo coincidimos por primera vez.

Después de ir a buscar a Liuba al colegio ayudé a mi madre a preparar el salón de actos. Juntamos tres mesas, las cubrimos con hules de plástico y colocamos encima unos pequeños tapetes de ganchillo hechos a mano. Mi hermana limpió el lavabo del sótano.

Desde nuestro piso, llevé hasta el salón de actos unas bandejas plateadas con jamón y queso, y una pesada bandeja de horno con dulces caseros. Mi madre y mi hermana se habían pasado dos días preparándolo todo.

—¡Y además tenemos la tarta! —me dijo.

Y ese fue el primer momento peculiar de ese día. Y es que una tarta significaba que se había invitado a alguien más distinguido que nosotros, que mi madre, mis tías, mis primas y las mujeres del servicio de limpieza del hospital.

—Es para la señora Gruber —dijo mi madre—. La de Heidelberg.

Mi madre había comprado una tarta de cerezas de la Selva Negra, que yo debía sacar de la nevera y servir. Mi madre estuvo varios días horneando galletas y otros dulces de complicada elaboración, pero temía que la señora Gruber de Heidelberg considerara nuestra comida de calidad inferior y por eso había comprado una tarta congelada en el supermercado. Mi madre quería gustarle a la señora Gruber de Heidelberg. Mi madre quería que la señora Gruber de Heidelberg pensara que éramos buenos extranjeros. Mi madre era la señora de la limpieza de la señora Gruber.

Sin conocer para nada a la señora Gruber, yo sabía perfectamente que se abalanzaría enseguida sobre nuestro jamón y nuestras *breskvice*, las galletas de melocotón, mientras que yo me comería la tarta de cerezas medio congelada, para hacer feliz a mi madre.

—¿Heidelberg no está más bien en la Selva de Oden? —le pregunté.

Sin embargo, cuando vi reflejado en la mirada de mi madre el temor a haber hecho algo mal, a que ella no

hubiera entendido algo de este país después de más de veinte años, le dije:

—Está bien, mamá, a mí me encanta la tarta de cerezas.

Poco después de que aparecieran las primeras invitadas me llamaron para que fuera al patio trasero. La descarga del retrete del sótano no funcionaba, así que tenía que repararla. Como no tenía ni idea de fontanería pero quería aparentar virilidad, fui a por la caja de herramientas. Golpeé dos veces la cisterna del retrete con una llave inglesa y unas cuantas veces más la tubería por debajo del lavamanos, para que todas las mujeres escucharan cómo trabajaba, y después decidí cerrar el baño para la celebración.

—Hay algo que no funciona con la junta —dije, pues era algo que le había oído decir a un primo mío que trabajaba como fontanero.

Cerré la puerta con llave, me la guardé y volví a nuestro piso en la parte delantera de la casa. Para que no tuvieran que llamar al timbre levanté el pequeño pasador de la puerta de entrada. A lo largo de la tarde, las mujeres fueron desfilando una tras otra por toda la casa para utilizar el servicio: todas mis tías y primas, algunas compañeras de la cuadrilla de limpieza del hospital y finalmente, también, la señora Gruber.

La reconocí enseguida.

La señora Gruber tenía el pelo rubio natural. Al principio pensé que era blanco, aunque después constaté que era una mezcla de cabello rubio y canas, por lo que deduje que no debía de teñírselo. Como para remarcar la autenticidad del color de su pelo, la señora Gruber tenía el rostro cubierto de pecas, que me encantaron.

La señora Gruber vestía unos tejanos de color azul claro y un gastado jersey de cuello vuelto, aunque ya hacía bastante calor. Quizá, pensé yo, antes de la fiesta de cumpleaños la señora Gruber se había encontrado con una situación similar a la de mi madre. Nuestra tarta de cerezas de la Selva Negra era su gastado jersey de cuello vuelto.

—Hola —dije yo.

La señora Gruber se llevó un susto. Estaba en nuestro pasillo echando un vistazo a su alrededor y no se había dado cuenta de que unos metros más allá, al final de ese pasillo y tras una cortina, estaba yo sentado sobre mi cama, leyendo el periódico. La cortina solo estaba echada a medias y esa zona constituía mi cuarto.

—Hola —contestó la señora Gruber—. Estoy buscando el baño.

—Aquí mismo —le dije, y le mostré la puerta frente a mi cama.

La señora Gruber se acercó. Se detuvo frente a mí y me saludó con la mano.

Yo le devolví el saludo.

Entonces la señora Gruber pasó junto a mí para entrar en el lavabo y yo le miré el culo.

Durante un buen rato no pasó nada. Yo seguía leyendo mi periódico, mientras en unas pequeñas fichas apuntaba las palabras que me sonaban a cultura e inteligencia, palabras cuyo significado por entonces desconocía. Estuve pensando en qué periódico del montón elegiría a continuación y finalmente me decidí por el del fin de semana, que incluía la columna con el problema de ajedrez.

Fue entonces cuando me di cuenta de que la señora Gruber aún no había salido del lavabo. Tampoco oía ningún movimiento.

—¿Va todo bien, señora Gruber?

No obtuve respuesta.

—¿Señora Gruber?

—Sí.

—¿Todo bien?

—¿Podrías irte, quizá?

—¿A qué se refiere?

—No puedo hacerlo si estás sentado en tu cama frente a la puerta.

Salté de la cama y me alejé por el pasillo, pero luego volví.

—¡Me llamo Jimmy! —lo que no era cierto—. ¡Estoy en la cocina!

Solo dos minutos después, la señora Gruber entró en la cocina. Yo estaba sentado en el banco esquinero, ella de pie frente al microondas. La señora Gruber se sentía desconcertada y se disculpó conmigo. Yo me sentía desconcertado y me disculpé con ella.

Incluso muchos años después, cada vez que nos contábamos cómo nos habíamos conocido nos echábamos a reír. Sin embargo, en aquel entonces fue una situación realmente embarazosa. A Martha le resultó embarazosa porque se sentía avergonzada y ridícula, y a mí me resultó embarazosa porque había puesto a la señora Gruber de Heidelberg en una situación incomodísima.

Simplemente, hasta ese día, yo no había conocido a nadie que tuviera problemas para mear junto a mi cama.

2

Quiero contar mi historia porque en este país creo que deberíamos contarnos más historias sobre nosotros. Es posible que mi vida tenga algunas coincidencias con la vida de otros que, como yo, son hijos de padres que en algún momento llegaron aquí y no pudieron agarrarse a otra cosa que a sus cuerpos y a sus sueños. Quiero contarme mi historia a mí mismo y los extravíos de mi primera vida adulta en una narración que lleve a un final conciliador.

Unas semanas después de nuestro primer encuentro, la señora Gruber y yo volvimos a coincidir. Fue al principio de las vacaciones de verano. Yo había dormido largo y tendido y me había pasado por los contenedores de papel del centro de la ciudad. Después proseguí en dirección hacia el centro comercial del Ayuntamiento y en medio de la zona peatonal me encontré una cartera.

Cuando la abrí, al momento vi muchos billetes. Había 438 marcos y 73 peniques. Además, el documento de identidad del doctor Helmut Otto, tarjetas de visita del doctor Helmut Otto, tarjetas de crédito, un carné de

conducir, sellos de correos y un papel donde había anotado un número de teléfono. El doctor Helmut Otto era abogado y su bufete se encontraba a solo dos calles, junto a la fuente de Lutero.

De camino hacia allí pensé en quedarme con el dinero y dejar la billetera en el buzón, pero en un artículo de periódico titulado «Está en su derecho» había leído que, en Alemania, el afortunado que se encontrara algo así tenía derecho a un cinco por ciento como recompensa y, como llevaba la cartera a un bufete de abogados, estaba convencido de que ellos estarían al tanto.

El bufete se encontraba en un edificio con mucho espacio, mucho aire, mucho brillo y un mostrador en el vestíbulo. Me dirigí a la mujer que estaba sentada allí y le entregué la cartera.

—Me la he encontrado —le dije—. Es del señor Otto. Trabaja aquí.

—Qué amable por tu parte. Qué honradez —dijo la mujer—. Gracias. Yo misma se la entregaré.

Me quedé de pie mirando a la mujer. La mujer se me quedó mirando. Entonces me ofreció una fuente de cristal con chokolatinas.

—Puedes coger una —me dijo.

Y yo cogí una a pesar de que no me gustaban las chokolatinas. De repente tuve miedo de esa mujer. Tuve miedo de todo ese espacio, ese aire, ese brillo; me sentí pequeño e insignificante. Yo *era* pequeño e insignificante.

Cuando hoy pienso en ello recuerdo que sobre todo me enfadé. No porque no hubiera recibido una recompensa, sino porque no fui lo bastante listo como para enfrentarme a ella y ganarle la partida. Quería salir airo-

so de este mundo de tanto aire y tanto brillo. Quería convertirme en alguien al que no se pudiera ignorar. Quería convertirme en alguien que supiera.

Estaba dispuesto a hacer lo que fuera para conseguirlo.

En el centro comercial del Ayuntamiento siempre pasaba algo. Allí se reunían las personas más diversas. Alcohólicos sin trabajo que discutían con otros alcohólicos sin trabajo. Jóvenes madres que se encontraban con otras jóvenes madres, con las que compartían sus penas. Aunque también había una multitud de personas que iban a comprar a la multitud de tiendas del centro.

Me senté junto a una fuente en una zona tranquila y hojeé los periódicos y revistas que había pescado del contenedor de papel, en busca de un problema de ajedrez. Para Kruno había conseguido una programación de televisión que aún era válida para los tres días siguientes; para Liuba, unas cuantas revistas sobre caballos y, para mí, las tres últimas entregas de un semanario e incluso una revista británica de hacía más o menos un año. El titular de la portada era *Farewell, Diana*, y debajo se veía a Guillermo y Enrique durante el funeral. Guillermo mantenía la vista clavada en el suelo. En cambio, Enrique miraba hacia el infinito. Daba la impresión de que buscaba el sentimiento apropiado por la muerte de su madre.

Guillermo y Enrique tenían más o menos la misma edad que Kruno y yo.

Como empezaba a tener calor al sol y junto a la fuente olía mal, metí de nuevo los periódicos en la mochila y di una vuelta por el centro comercial.

Primero me dirigí a la sección de electrónica. En una esquina habían montado una pantalla donde se podía probar un nuevo videojuego. Por desgracia, ya había otros chicos jugando con las consolas; seguramente tampoco tenían nada más que hacer durante todo el día. Me detuve a unos cuantos metros y me quedé mirando desde atrás. La velocidad del juego de carreras cortaba la respiración. Intenté quedarme con algunos trucos, por si alguna vez se me presentaba la ocasión de probar ese juego.

Continué mi camino hacia el departamento de música. En un mostrador había unos reproductores de CD en los que se podía escuchar música. Allí escuché siete veces *Dirty Diana*, de Michael Jackson. Yo ya tenía esa canción, tanto en casete como en CD, pero allí, con esos cascos y la increíble calidad del sonido, se oía mucho mejor la respiración del artista.

Michael Jackson no era un hombre, no era una mujer, era una persona negra, era una persona *blanca*, era pobre y era rico, lo era todo al mismo tiempo. Un niño maltratado y el rey del pop, un hombre con chaqueta de cuero y una mujer vestida con un *body*.

Cuando veía a Michael Jackson sentía que era posible un mundo en el que cualquiera pudiera ser como quisiera y lo que quisiera. Solo esa idea me daba fuerza, y allí en la tienda, con los cascos, podía oír mucho mejor su respiración. La respiración marcaba el ritmo, la respiración determinaba cómo un cuerpo debía moverse con esa música.

Continué merodeando por el centro comercial y pasé junto al McDonald's donde había celebrado mi no-

veno cumpleaños. Cada vez que pasaba junto a ese McDonald's notaba malestar en el estómago. Aquella fiesta infantil le había supuesto un gran esfuerzo a mi madre, y eso hizo que también me lo supusiera a mí, y eso a su vez hizo que por la noche me metiera en la cama con fiebre y vomitara todo el menú infantil, y eso a su vez hizo que, en mi noveno cumpleaños, me fuera muy triste a dormir.

Me detuve frente a una tienda de deportes. En el escaparate había una reproducción de cartón de Michael Jordan a tamaño natural. Con el índice de una mano sostenía haciendo equilibrios un balón de baloncesto, mientras que con la otra mostraba la nueva zapatilla Jordan. Era el modelo Air Jordan XIII. Un calzado que parecía de otra galaxia.

En el preciso instante en el que quise entrar, pues quería tener sin falta la nueva Jordan en mis manos, vi, unos cuantos metros por detrás del maniquí de cartón, a una mujer arrodillada en el suelo, que palpaba el pie de una niña. Era la señora Gruber. Enseguida di un paso a un lado y me escondí tras la publicidad. Cuando volví a mirar, la señora Gruber acariciaba la cabeza de la niña. La niña debía de ser la hija de la señora Gruber. Estaba abrazada a su madre.

La señora Gruber hablaba con un vendedor y asentía con la cabeza. Los tres se dirigieron a la caja. La hija era más o menos de la edad de Liuba, y a esta edad a nosotros nunca nos habían comprado zapatos nuevos. Me fui rápidamente a otra tienda y me puse a mirar unas gafas de sol en un soporte giratorio. Entonces vinieron ellas. La señora Gruber y su hija

salieron de la tienda cogidas de la mano. Estaban dando una vuelta.

Primero desaparecieron en una perfumería. Como parecían tan concentradas en sí mismas, me atreví a entrar. Una vendedora se acercó y me ofreció ayuda. La rehusé, pero la vendedora permaneció a mi lado.

—Solo estoy mirando —le dije.

—Yo también —me contestó.

La situación me resultaba muy incómoda, pues no pretendía ni robar ni comprar nada, simplemente mirar cómo la señora Gruber quería pasar el resto del día, así que salí de la tienda y esperé fuera, escondido tras el plano del edificio.

No estaba seguro de si la señora Gruber había comprado algo o si quizá solo había querido aprovechar la oportunidad para reaplicarse perfume, pero en cualquier caso volvió a salir rápidamente. Llevaba el bolso al hombro y con una mano sostenía la estupenda bolsa de papel de la tienda de deportes. La hija saltaba complacida a su lado.

La señora Gruber y su hija entraron en el supermercado. Me las encontré frente a la frutería escogiendo una piña. Entonces la señora Gruber desplegó el asiento del carro de la compra y subió a su hija. La hija podía ver ahora por encima de toda la compra, sostenía la piña con un brazo e indicaba diferentes productos, que su madre colocaba a continuación junto a ella.

Yo empecé a imaginarme que la hija de la señora Gruber estaba muy enferma y que pronto moriría y que por eso hoy se cumplían todos sus deseos, pero cuando ambas

pasaron junto a las neveras, pude ver por un momento su cara con precisión. Su aspecto no podía ser más saludable. Tenía el pelo rubio recogido en una coleta y las mejillas sonrosadas, incluso estaba un poco rechoncha.

—Hola —dijo la señora Gruber con el carro de la compra justo frente a mí.

—Hola —dije yo.

La hija aún sostenía la piña y me miraba. Yo las miraba a ambas, a la señora Gruber y a su hija.

—Saluda, Edi —dijo la señora Gruber, pero su hija no decía nada—. Esta es Edita.

—Hola, Edita —dije yo—. Yo soy Jimmy.

—Lo conozco —dijo Edita, sin quitarme un ojo de encima—. Hace un momento estaba aquí.

La frase flotó en el aire durante unos cuantos segundos. Nadie la retomó. Tampoco Edita.

—¿Cómo está usted? —pregunté.

—Esta mañana hemos ido al museo. Tu madre está ahora mismo en nuestra casa limpiando, y Edi y yo hemos decidido regalarnos un bonito día.

—Yo también —dije.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Y qué vas a hacer?

—Quería comprarme un helado.

—Nosotras ya nos hemos comido un helado. ¿No, Edi?

—De Fontanella —dijo entonces Edita—. Fue el que inventó el helado de espagueti.

—A mí también me gusta el helado de espagueti —dije yo.

—Y a mí también —dijo la señora Gruber.
Edita alzó la mirada hacia su madre y después me miró a mí.

—Disculpa... —dijo la señora Gruber—. Nosotras...
Íbamos ahora mismo a pagar...

—Ah, bueno, yo... Yo también iba hacia la caja.

La señora Gruber se rio. Su risa era contagiosa.

—Entonces ¿vamos juntos? —preguntó ella.

Más que una pregunta, aquella era una decisión que la señora Gruber había tomado por nosotros. Yo me alegré por ello y mostré mi aprobación agarrándome al carro de la compra en el que iba sentada Edita. Nos dirigimos los tres hacia la caja, como si los tres hubiéramos ido ya muchas veces, en un supermercado, hacia la caja.

La señora Gruber pagó mi helado junto con su compra y se lo agradecí. Al contrario que mi madre, no se tomó ni un instante para comprobar la cuenta; ni siquiera se la llevó consigo. Salimos enseguida del supermercado y nos dirigimos hacia el aparcamiento, con Edita entre los dos. La señora Gruber propuso que fuera con ellas hasta Heidelberg para darle una sorpresa a mi madre.

Una vez llegamos al coche fui yo el que se llevó una sorpresa. Incluso nosotros teníamos un Mercedes. Sin embargo, la señora Gruber conducía un Volvo Combi, un coche que mi padre había descrito como «el coche de la construcción». Nuestro Mercedes era solo un taxi de segunda mano y repintado que tenía casi doscientos mil kilómetros encima, pero aun así podíamos dejarnos ver con él cuando visitábamos a la familia en Herzegovina.

Ayudé a la señora Gruber a cargar las bolsas, fui a dejar el carro de la compra y me metí en la boca el palito de chicle de mi helado. No busqué en el suelo ninguna moneda de un marco que se hubiera perdido entre los carros de la compra, sino que me dirigí directamente al coche. Me subí en el asiento del copiloto y coloqué mi mochila entre las piernas.

—Toma —dijo la señora Gruber mientras me tendía un pañuelo.

—Pareces un payaso —dijo Edita desde su sillita en el asiento de atrás.

Agarré el pañuelo y me limpié la boca. Por el color rojo supe que me había manchado la cara de helado, pero no pasé ninguna vergüenza. Ya desde el principio me sentía muy cómodo con la señora Gruber.

Arrancamos y la señora Gruber me preguntó qué llevaba en la mochila. Aunque también eso podría haberme generado incomodidad, la abrí y le enseñé los diarios viejos.

—Los he recogido en el contenedor de papel junto al cine.

—¿Y qué quieres hacer con ellos?

—Leerlos.

La señora Gruber se quedó callada.

—También leo a Goethe —proseguí rápidamente—. *Las lamentaciones del joven Werther*. ¿Lo conoce?

De lo nervioso que estaba no esperé a que respondiera.

—Es el libro que más veces he pedido en la biblioteca municipal. Aunque también leo los periódicos.

Abrí la mochila un poco más para que pudiera ver mejor su contenido.

—Solo leo los periódicos buenos. Los otros son para mis hermanos.

A continuación nos quedamos callados. La señora Gruber me miraba y volvía de nuevo la vista hacia la carretera. Quizá consideraba algo extraño el asunto de los diarios viejos. Aunque por momentos me pareció que ella se alegraba, como si hubiera reconocido en mí algo que le gustaba.

—Señora Gruber, ¿le puedo preguntar algo?

—Por supuesto.

—¿Qué sensación produce tener en las manos el nuevo modelo de las Jordan?

—¿Las zapatillas?

—Sí.

—No lo sé. Edi, ¿qué sientes con tus nuevas zapatillas? Edita se lo pensó un rato.

—Son como Oliver —dijo entonces.

—Oliver es nuestro gato —dijo la señora Gruber.

—¡Oliver tiene un pelo muy suave! —exclamó Edita desde atrás.

La señora Gruber se echó a reír y Edita se puso la mano frente a la boca y también se echó a reír. Yo me contagié de la risa.

Los tres nos reímos y ya no pudimos parar. Así condujimos cruzando el puente sobre el Rin y pasamos junto a una mezquita y una fábrica de chocolate, y después salimos a la autopista. A medida que avanzábamos se abría frente a nosotros la Selva de Oden y pronto la luz se volvió más clara, el cielo, más azul, y las fachadas de las casas, más coloridas e intensas.